

pensó una fiesta para sí también. A las veinticuatro horas desapareció sin que el grueso del ejército lo viese. Los bandidos bailaron un rato y dieron la despedida á Nantes. disparando sobre la población cuatro cañonazos.

Fué este un gran día para la Francia.

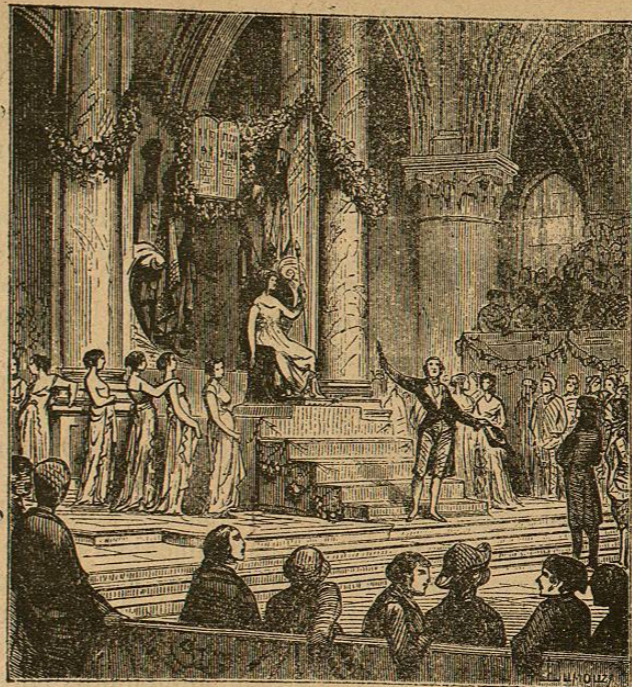
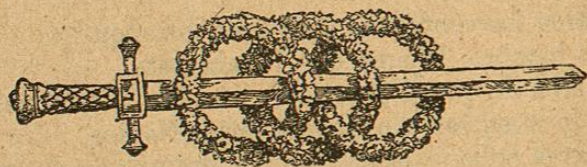
La Vendée se divorció. La muerte de Cathelineau fué el origen. Sin consultar á Charette se nombró general á Elbée (14 Julio).

Cathelineau parecía el elegido de Dios, y sobre él cayeren las bendiciones de los curas para comenzar la guerra civil. Los vendeanos no poseían más que la *fuerza de tribu*.

La insurrección comenzó por parroquias, por familias, por parientes, por tribus. Cathelineau mismo era menos un individuo que una tribu, la de los hombres del Pin-et-Manges. En todas circunstancias Cathelineau se encontró rodeado de esta gente.

Ignoraban el lado verdaderamente serio de la guerra que hacían. Los vendeanos daban á sus mujeres palabra de volverlas á ver en tal fecha y cumplían su promesa el mismo día que habían designado. El abate Bernier trata estas ausencias de deserciones, no comprendiendo que la Vendée debía terminar precisamente el día en que dejara de ser espontánea. Propuso que se instituyeran penas para los que se ausentasen.

¡Este fué un gran procedimiento para convertir á la Vendée en país de patriotas!



## LIBRO IX

### CAPITULO PRIMERO

#### **Esfuerzos para la pacificación. Misiones dantonistas.—Misión de Lindet (Junio-Julio 93)**

La situación juzgada por Danton y Robespierre.—Misiones dantonistas.—La misión de Lindet.

Se ha visto en las páginas precedentes y aún se observará en las que siguen que Danton y Robespierre, aun juzgando la cuestión girondina de distinto modo, coincidían en el fondo y los acontecimientos lo justificaron.

Robespierre creyó con razón que una vez hecho el 2 de Junio la Asamblea debía sostenerlo y mantuvo esta tesis ante los espantables peligros de una guerra civil.

Danton creyó con la profunda convicción de sus sentimientos en la unidad de la patria cuando la suponían dividida. Dejó que se dijera de los girondinos que eran realistas, pero creyó que en su inmensa mayoría eran republicanos.

Las violencias, los furores, las locuras de los girondinos no le im-

pusieron, porque creyó que nada atentarian con carácter decisivo contra la unidad de la patria.

Nantes, que amenazaba á la Convención, acabó con la Vendée.

Burdeos pudo advertir los manejos de los realistas y se acercó de nuevo á la Montaña. El general Doppet afirma que la gran mayoría de los marseleses es devota de la República.

La única capital que aparecía dudosa es Lion, que á torrentes había derramado sangre montañesa. Pero Lion, en el que pululaba un verdadero ejército de curas, nobles, realistas, acabó por expulsarlos y cantar el himno girondino «*Morir por la patria*» bajo las ametralladoras de Collot-d'Herbois.

Salvo Lion, donde se quería emplear una enérgica represión, Danton prefirió los medios pacíficos.

Y aquí aparece la diferencia de criterio entre Danton y Robespierre.

Este quiere el sostenimiento del principio de autoridad y triunfa. Danton y sus amigos contribuyeron poderosamente á que se emplearan por el contrario procedimientos conciliadores. Eran como los polos eléctricos de la Revolución: positivo y negativo. Ambos constituyeron el equilibrio.

Los dos, dentro de su esfera de acción, fueron muy lejos.

Robespierre llegó á matar hasta á sus amigos y Danton, incapaz de aborrecer á nadie, llegó en su indulgencia á querer la salvación de todos. Sin embargo de esto no aborrecía el mal.

Al Calvados envió un agente suyo, Desforgues, y como militar con las fuerzas de la Convención envió á Brune, joven legista que él apreciaba mucho y que acababa de publicar un libro de viajes, mitad prosa, mitad verso. Murió en Avignon (1815).

Danton colocó á este hombre entre las tropas enviadas á Normandía, no para combatir, si no para evitar que nadie combatiera.

Estos mismos medios empleó Lindet para pacificar á Normandía.

Lo notable es que Lindet, enviado para establecer la paz, carecía de benevolencia, de condiciones para tal intento. Aborrecía especialmente á los girondinos, excepto á Roland, á quien estimaba como un gran hombre, como un infatigable obrero.

Lindet era precisamente como Roland, un obrero. Escribió quince horas diarias hasta la edad de ochenta años. Madrugador, fogoso, de espíritu áspero, era sagaz y dominante.

Lindet aborrecía cruelmente á la Gironda, pero este odio más que en sus discursos de la Convención, se manifestó en su actitud irónica ante los comités, en sus chistes sarcásticamente volterianos.

Brissot en un dibujo trazó una caricatura de Lindet, acusándole por sus anhelos de sangre, por su aire de *hiena*. Este ataque precisamente contuvo á Lindet de los límites de la moderación, permitiéndole realizar actos humanitarios.

Nadie como él hubiera puesto en práctica sus procedimientos.

La gloria de Robert Lindet como hombre de iniciativas es la prudencia extraordinaria que desplegó en Normandía.

Conocía perfectamente á sus compatriotas y sabía que es un pueblo verdaderamente gubernamental, amigo del orden.

Lindet consiguió de la Convención un decreto para que los normandos rectificasen su conducta. Después consiguió una recluta de dos batallones que habían de marchar á Evreux para fraternizar solamente.

Hemos dicho ya en qué forma abandonaron los girondinos el Calvados en manos de un general realista.

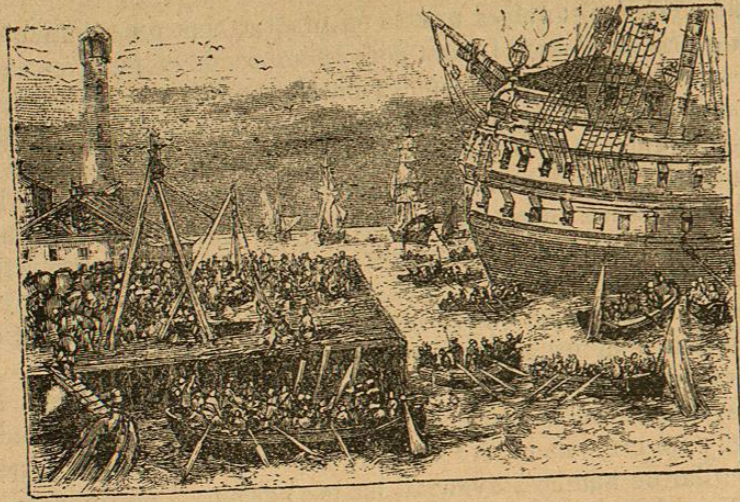
Durante el verano de 1793 reinó un calor extraordinario. Los girondinos veranearon en Caen y escribieron versos. Caen, la población los imitó y no hizo nada. No dió más que treinta hombres. Vire veinte. Un millar de hombres avanzan hasta Vernon, á las órdenes del teniente Wimpfen. Parisienses y normandos se encuentran y se hablan. Después de las primeras conferencias se acuerda la guerra y se cruzan algunos disparos. Caen protestó de la guerra.

Lindet, en su condición de normando, quiso encargarse solo de la cuestión y aprehendió á los torpes é imbéciles, preparando una campaña contra el federalismo.

Tan enérgica fué esta que el día 9 de Thermidor pudo declarar que ya no existía federalismo y que nadie había pensado en desmembrar á la patria.

Se atribuye á Lindet una hermosa palabra que si no ha salido de sus labios expresa su pensamiento. Se quiso que firmara una sentencia de muerte y Lindet contestó: «No he venido aquí para guillotinar la Francia si no para salvarla.»





## CAPITULO II

Misiones de Philippeaux.—Muerte de Meuris.—Baco en la Convención (2 de Agosto del 93).—Philippeaux en Nantes (Agosto y Septiembre)

De todos los dantonistas el mejor fué indudablemente Philippeaux. Por su conducta irreprochable murió entre ellos, no víctima de sus faltas, si no mártir de su deber, de su virtud, de su elocuencia.

Philippeaux, cuando los jefes cerraban los ojos ante las infamias que cometían sus partidarios, tenía el valor de denunciarlos ante la Convención.

Denunciado á su vez, perseguido, murió airadamente.

De su pluma jamás salió un ataque injustificado. Fué siempre virtuoso, noble; jamás aprovechó la mentira para empañar la luciente espada de los héroes, porque héroe fué él al no tolerar sin protesta que contra los patriotas se amontonasen las acusaciones de los reaccionarios y de los traidores.

Mayence debe elevarle una estatua y entre el nombre de los defensores debe colocar con letras de oro á Philippeaux, que fué su héroe, el portaestandarte de su defensa, muerto en su empeño.

Los resultados de su misión (Junio-Julio 93) fueron admirables. Las acusaciones girondinas, furiosas, exaltadas, contra la Convención habían perturbado los espíritus. La Francia no sabía á quién creer.

Philippeaux honrado, gran corazón (un Danton sin vicios), encontró esta división amenazadora de la opinión descarriada, incierta, engañada por todos, y con su elevada y cariñosa elocuencia fundió el sentimiento de todos, los unió. Ayer eran enemigos encarnizados; hoy por virtud de Philippeaux se reunían en el centro de la patria.

Siempre quedará grabada en la historia de 1793 el nombre de Philippeaux.

La Gironda sintió orgullo ante la defensa de Nantes, pero este orgullo mismo les impidió observar el influjo poderoso de la Montaña.

La Gironda mostró dos veces su impotencia contra los realistas y contra los *enragés*, los locos del terror. Era necesario salvar á la Gironda de su propia debilidad, sin entrar en relaciones con ella, pero domiéndola espiritualmente, mostrándole el elevado ideal del sacrificio propio: esto hizo Philippeaux.

En los gritos desesperados de Nantes, Philippeaux conoció la agonia de la patria y pidió á la Convención que le concediera la empresa de una cruzada de departamento en departamento.

Partió sin llevar consigo más que un hombre, un nantés que mostraba á todos como modelo de patriota.

Son curiosísimas las aventuras de esta sublime mendicidad.

Philippeaux pidió fuerzas.

Sevre-et-Oise estaba arruinado, sin hombres ni dinero. Versalles contenía en su recinto cuarenta mil mendigos. Eure-et-Loira, la Charente, el Indre y otros departamentos dieron hombres, dinero, cuanto tuvieron pero agotando sus recursos, exprimiendo sus energías, extenuándose.

En Maus ocurrió una escena interesante. Nada podía hacerse con éxito para unir á los partidos. Philippeaux disputó cuarenta y ocho horas sin cesar y por fin consiguió la conciliación. Girondinos y montañeses, todos cedieron derramando lágrimas. Philippeaux se llevó dos batallones reclutados en escaso tiempo.

Cuando llegó á Tours todo aquel país estaba invadido por la Vendée. Philippeaux y su nantés Chauv corrieron durante la noche doce leguas. Cuando apuntó el día encontraron la carretera llena de fugitivos, viejos, mujeres y niños. «¿Dónde vais? le preguntaban.—Si dais un paso más caeréis en poder de los bandoleros.»

Philippeaux avanzaba.

Angers estaba en la mayor desesperación, abandonada á si mismo la población.

Todas las tiendas estaban cerradas. Los militares iban á evacuar la plaza que ya no se podía defender. No había de guarnición más que cuatro batallones que huían ya. Se acusaban unos á otros. Philippeaux los encontró, los habló al corazón, reanimándoles, enardeciéndoles, jurando morir con ellos. Se rehacen las tropas y vuelven en busca del enemigo. La terrible fuerza vendeana repasa los puentes prudente y sagazmente y les corta la retirada, pero el ataque fué encarnizado, fiero.

Los republicanos parecían deslumbrar al enemigo con el ardor de sus miradas. Al segundo ataque Philippeaux entonó el himno marsellés. Los cañones del enemigo fueron reducidos al silencio.

La emoción que sobrecogió á los republicanos fué tal, tan grande su entusiasmo, que la caballería, sin saber si podría ó no perseguir al enemigo, se lanzó al río **atravesándolo** y tomando las posiciones contrarias. Philippeaux hizo **restablecer** los puentes destruidos por el enemigo. Todo lo contrario de Rousin en Angers, que mandó cortarlos. Desde entonces Philippeaux y Rousin se odiaron.

Rousin y Philippeaux representaban dos distintos sistemas de guerra. El primero recibió **órdenes** para convertir á la Vendée en un campo raso, calcinado. Parecía ignorar seguramente el comité que una mitad de la Vendée se componía de excelentes patriotas, cuya recompensa sería la ruina. Parecía **imposible** que se autorizara semejante abuso de la victoria.

Philippeaux deseaba dos cosas: salvar á Nantes y que triunfara la Montaña, aun teniendo en esta enemigos dispuestos á proteger á Rousin. Muchos, aunque buenos patriotas, estaban indispuestos con Philippeaux por cuestiones puramente personales: Levasseur, por cuestión de rivalidad local; Amar por que apoyó Philippeaux una petición de 500 detenidos contra él. Estos eran votos dispuestos á favor de Rousin.

Así, comprometido, regresó con Chaux. El primer signo de agradecimiento fué un insulto que recibió éste. Los guardias nacionales se insolentaron contra Philippeaux y Chaux, hecho tanto más grave, por cuanto los girondinos acababan de matar á Meuris, que logró á costa de su vida detener la invasión de Nantes, salvar la capital.

El origen de esta desgracia fué la rivalidad entre la legión nantesa, cuerpo girondino compuesto de jóvenes de la burguesía y los batallones de Meuris, cuerpo en su mayoría montañés, en el que figuraban obreros y gentes de todas clases sociales.

Mr. Nourrit (intendente militar después) que tuvo la desgracia de matar á Meuris, excusa así la cosa. El batallón de Meuris luchaba contra Beysse. La riña amenazaba ser sangrienta. Era una disputa individual, rivalidad de cuerpos. Nourrit lo desafió y Meuris, olvidando la tradición nantesa de que nadie se puede batir más que con un igual en categoría, concedió el honor á un oficial inferior de cruzar su acero con el del héroe.

El día 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, se efectuó el duelo y pereció Meuris.

¡Grande pérdida para los nanteses! ¡Este extranjero que tan bien se había batido por la capital pereció á manos de un nantés!

Era esto un obstáculo para los planes de Philippeaux, que llegó el 1.º de Agosto cuando aun humeaba la sangre.

La lucha de los partidos en Nantes era terrible, y si continuaba corría el riesgo de que fueran contra ella dos ejércitos, el de Canclaux y el de Biron, fieles á la Asamblea.

Los girondinos insultaron á la Convención, y el mismo Baco se insolentó en forma tal que en una carta decía: «que la Convención debía

entregar los poderes á manos más expertas y afortunadas, de suerte que no se pudiera desesperar de la salvación de la patria.»

Esta osadía sublevó á la Montaña. Danton, que presidía, se asoció al furor de la Montaña, pero acordó que á la diputación de Nantes se la concederían los honores de la sesión para explicar su conducta.

Renuévase el furor en la Montaña. «Arrestad á los diputados de Nantes.»

Un montañés dice: «¿Es cierto que durante el sitio de Nantes en una casa cerrada había preparados mil doscientos cubiertos para la Vendée?»

A este ataque absurdo grita Baco «¡Mentís!»

Enviásele á la Abadía.

Sus heridas aun no cicatrizadas hablaban elocuentemente en favor de Baco.

Este fué un golpe fatal para Danton, para Philippeaux. La conciliación era imposible.

Ante la noticia del arresto de Baco, del bueno, del gran Baco, herido por la patria, era de temer que Philippeaux corriera algunos riesgos.

Philippeaux entró en Nantes por tres medios: impidiendo la libertad de los sospechosos, fuesen como fuesen, ejecutando la letra de la ley contra los asignados reales, y dictando una ley sobre el embargo de mercancías. Philippeaux recibía anónimos amenazadores.

El pobre hombre, colocado en el centro del fanatismo, entre la bárbara grosería de la idolatría vendeana y el desatentado materialismo de Rousin, intentó hablar al corazón: redactó un catecismo, una débil é impotente conciliación entre la Revolución y el cristianismo.

Lo mejor de esta obra no es la idea, si no el corazón, la buena fe.

El encanto moral de Philippeaux fué su muerte bajo la bandera de la paz, de la fraternidad de los franceses.

